

**Applying Political Theory: Issues and Debates.** Katherine Smits, Palgrave Macmillan, Houndmills, Basingstoke, Hampshire & NY, 2009. 277 páginas.

Paulo Ravecca\*

La pregunta central del libro es cómo *debe* estar organizada la vida pública de “nuestras sociedades”. Y la respuesta que ofrece es una exploración erudita y compacta de los debates más salientes (al 2009) en la teoría política anglosajona. El enfoque es eminentemente “práctico”: “this book applies the values and theoretical frameworks of political theory to real world political issues” (5). Smits intenta, entonces, “aplicar” enfoques de teoría política a las grandes controversias que, sobre diferentes políticas públicas, vienen ocurriendo en el marco (político y *epistemológico*) de las democracias del “Norte Global”. (Este punto de vista que el libro asume –el de países “occidentales”, “ricos” y con democracias liberales “consolidadas”– no es un detalle, como veremos más adelante).

Estructurado en 12 capítulos y con una introducción conceptual útil para cursos iniciales de posgrado, el libro es un valioso material para los interesados en los principales debates ciudadanos hoy. La lista de temas tratados es extensa: distribución de recursos (impuestos, bienestar y redistribución), minorías culturales (reconocimiento y derechos), acción afirmativa, prostitución y pornografía, matrimonio “igualitario”, aborto y eutanasia, regulación del discurso ofensivo, libertades civiles en tiempos de terrorismo, obligación (o su ausencia) de los países ricos de brindar ayuda externa, intervención militar con fines humanitarios, y protección del medio ambiente y de las futuras generaciones (este último apartado, dicho sea de paso, plantea una reflexión bien interesante acerca de los límites temporales y geográficos de las obligaciones de justicia)<sup>1</sup>. Los capítulos siempre tienen por título una pregunta que, en la mayoría de los casos, empieza con “¿Debe. . .?” y, en todos los casos, es normativa.

Smits, *a su manera*, hace honor a la complejidad de los fenómenos en cuestión. Si bien el lector puede intuir cierto “favoritismo” por algunas de las visiones en disputa y a veces la autora toma clara posición, predomina una suerte de equilibrio conceptual y no la búsqueda de soluciones teóricas rápidas. La discusión acerca del derecho al aborto (capítulo 7) es ilustrativa en ese sentido: la autora no sólo no caricaturiza la (o)posición “conservadora” sino que además lidia seriamente con argumentos complejos que relativizan el derecho de las mujeres “a decidir”. Y así con cada *issue*. El libro, pues,

---

\*Licenciado, Magíster y Candidato a Doctor en Ciencia Política por York University (Canadá).

<sup>1</sup>Ya sobre la conclusión del capítulo 12 la autora reflexiona: “*Environmental protection requires us to examine our obligations not only to people in other communities and nations, but also to those in future generations. In posing the question: To whom do we owe duties of justice, we also ask: What is the extent of politics? Where do our political obligations end, leaving us with moral duties as the only checks of our behavior*” (249).

merece ser leído. Paso ahora a algunos de sus aspectos que considero problemáticos.

### **Monólogo Liberal y Violencia Teórica**

Desde el inicio, la autora ubica su libro en los debates de la filosofía normativa anglo. Subraya además que el liberalismo es la teoría principal para los filósofos políticos que escriben en inglés (11). Si bien reconoce que hay otras formas de concebir la reflexión teórica (vertientes más interpretativas y críticas), en términos generales no las incorpora. En la página 6 ofrece una genealogía estilizada del liberalismo donde aparece como *el* defensor de la libertad y los derechos del individuo<sup>2</sup>. Sin embargo, basta mirar dos páginas de, por ejemplo, *An Essay on the Poor Law* de John Locke (1697), para darse cuenta que el asunto es más complicado. De hecho, la regulación allí propuesta de la vida de los pobres se parece mucho a las tenebrosas descripciones que Michel Foucault hizo de los aparatos de disciplina y mortificación. (La propuesta ansiosa de que los niños de familias pobres trabajaran a partir de los tres años es un buen ejemplo de ello).

Smits *asume acríticamente la narrativa liberal sobre el liberalismo (y sus otros)*. En otras palabras, el liberalismo es la meta-narrativa que regula el libro. Su trabajo peca de endogamia teórica. Yo lo hubiera titulado “Aplicando la teoría liberal y sus alrededores” (algo que, como ya dije, el trabajo hace muy bien). La consecuencia de la ausencia del adjetivo (“liberal”) en el título, es la usurpación de la universalidad por un particular (un conjunto específico de debates que son importantes y dignos de reconocimiento pero no los únicos y, por cierto, para muchos de nosotros, no los más intelectualmente estimulantes).

El colapso del bloque soviético, el giro lingüístico adoptado por el lado “crítico” de las ciencias sociales y las humanidades (postmodernismo, posestructuralismo), y la hegemonía del liberalismo en las ciencias “serias” (RRII, economics y political science) colaboran en lo que me gusta llamar *the othering of Marxism* (cuya traducción sería algo así como la esencialización o reducción del marxismo)<sup>3</sup>. Smits participa de esta dinámica. La autora señala, por ejemplo, que los enfoques teóricos no siempre tienen posiciones definidas en todos los debates. El marxismo en particular no se interesaría por temas como el matrimonio igualitario o el aborto porque “*these do not fit easily into the economic analysis which it is primarily concerned. Other frameworks, such as liberalism, have developed to deal with a wider range of issues*” (5). Esta afirmación es sumamente problemática e ideológica: mientras Smits le reconoce al liberalismo versiones diversas (libertariano, igualitarista, etc.) y capacidad adaptativa, reduce al marxismo a “análisis económico” congelado conceptual y temporalmente. En la dirección opuesta, el reciente trabajo de Kevin Anderson (2010) muestra que si los marxistas han de hecho marginalizado sujetos y luchas importantes, es también cierto que *el marxismo tiene sus propios márgenes*. En todo caso, estamos hablando de una formación discursiva compleja (Foucault 1984, 114) que debe ser reconocida con sus versiones, tensiones, contradicciones y desplazamientos<sup>4</sup>.

<sup>2</sup> “*Liberalism developed because people were concerned about the power of a centralizing state over their freedom of speech and civil liberties*”.

<sup>3</sup> Es también claro que muchos de los propios marxistas, a fuerza de intolerancia teórica (y de la otra), han colaborado con su propia deslegitimación. Hablando de las ortodoxias, Geoff Eley (2002) se refiere a la “rigidización del marxismo post-Marx”.

<sup>4</sup> Para un tratamiento del marxismo en estilo anglosajón pero mucho más rico que el de Smits ver Neal

Si vamos a hablar de la regulación de la sexualidad (de matrimonio igualitario y aborto, por qué no), los nombres de Antonio Gramsci, Wilhelm Reich, Herbert Marcuse o más recientemente Rosemary Hennessy, y la aparición de títulos como “Queer Marxism” muestran una realidad diferente a la que Smits asume sin más. Pero más allá de eso, la autora, como muchos liberales, tiende a reificar conceptos y realidades, a pensar en puras exterioridades, y a tratar las teorías *como cosas*, en lugar de reconocer la plasticidad del concepto y la porosidad de los fenómenos. Dicho en criollo: parece insostenible su señalamiento de que la economía política y las discusiones en torno a “valores culturales” no tienen mayor vinculación. Como con atino señalaba Wendy Brown por el 2002, teorizar las políticas del reconocimiento, el orden sexual de las cosas, la naturaleza de la ciudadanía o la reconfiguración de la privacidad, sin tener en cuenta que en parte son un producto histórico específico del capitalismo, es literalmente no entender las condiciones constitutivas del propio objeto de análisis<sup>5</sup>. (Dicho todo esto: ¿qué decir de los manuscritos filosóficos de 1848? ¿Acaso Smits piensa que también son “economicistas”? ¿Y de la Escuela de Frankfurt y de tantas otras vertientes del pensamiento informadas por el marxismo?).

### “Democracia” y Dogma

Wendy Brown iba más allá y llegaba a sugerir que debemos problematizar el “estatus” del capitalismo en nuestro pensamiento. La flexibilidad de un enfoque radical, precisamente, en la capacidad de problematizar las condiciones de posibilidad que lo sostienen, sus implicaciones y sus dinámicas internas. Criticar algo no significa querer destruirlo o que no se le encuentre valor. Es un ejercicio que abre campos de posibilidad en el orden de lo enunciable y realizable. Y eso es buena cosa porque impide que las urgencias de la “coyuntura” o las relaciones de poder imperantes regulen completamente nuestro pensamiento. La democracia liberal y sus miserias es un territorio fértil para la crítica radical (radical de raíz, no de romper ventanales de corporaciones).

Imponer, en nombre de la ciencia política o de la teoría política, que todos tenemos que celebrar el capitalismo y/o “la democracia” es autoritario, ideológico en el peor de los sentidos, es incluso absurdo. Smits no lo hace, pero algunos de sus puntos de partida van en ese sentido. Sin ir más lejos, la misma idea de “aplicar” teoría política es muy limitante. La teoría aparece en el libro como un nicho de mercado académico, un saber profesional y “exterior” respecto de los contextos analizados (ver Wood 2002 para una crítica a esta posición). Sirve para “solucionar” problemas pero *no para problematizar los términos en que los problemas son formulados*. Brown sugiere, por el contrario, que la contribución política más importante de la teoría es precisamente la apertura de un espacio (“breathing space”) entre el mundo de los significados comunes y el mundo de los significados alternativos, un espacio de renovación potencial del pensamiento, el deseo y la acción<sup>6</sup>. Ciencia, teoría y acción convergen aquí también, pero de un modo

---

Wood (2002).

<sup>5</sup> “To theorize the politics of recognition, the sexual order of things, the nature of citizenship, or the reconfiguration of privacy, without taking the measure of their historically specific production by capitalism, is literally not to know the constitutive conditions of one’s object of analysis” (Brown, 2002: 565).

<sup>6</sup> Ese fue mi penoso intento de traducción de esta formulación: “Theory’s most important political offering is

diferente.

### **Interpretación o Norma. Sur y Terrorismo**

Marxismo y liberalismo tienen en común su tendencia general al orientalismo y al colonialismo epistemológico. Así, dos autores con miradas tan diferentes como Neal Wood<sup>7</sup> y Katherine Smits comparten el atrincheramiento en la teoría política “canónica”. Este exclusivismo es teórico y (geo)político. Smits, por un lado, no se hace cargo de las contribuciones al pensamiento político de, por ejemplo, los estudios poscoloniales ni la teoría queer (ambos productos de la academia estadounidense), a pesar de que ambos enfoques tienen relevancia práctica y política hoy. Y, complementariamente, pasa por alto la experiencia de los países “en desarrollo” (vaya concepto raro si lo hay) o “no occidentales” (otra noción complicada) y las perspectivas que provienen de ellos.

A la pregunta de si los países ricos deben ayudar más a los pobres (capítulo 10), por ejemplo, yo estoy tentado a responder: ¿y si mejor preguntamos distinto? En una línea similar la autora reflexiona sobre si, en las democracias centrales, las minorías culturales deben ser consideradas portadoras de derechos (capítulo tres). Los liberales “progresistas” por supuesto apoyan esa idea. ¿Pero derecho a qué? Lo que no parece haber es la apertura de la pregunta de qué pasa a nivel cultural, político y económico cuando “otros” ingresan en un terreno imaginado como relativamente homogéneo. ¿Es pensable una identidad oficial intacta con una serie de satélites culturales o acaso dichas minorías tienen también el “derecho” a redefinir la mismísima identidad nacional? ¿Y qué hemos de decir sobre el ensamblaje entre clase, raza/etnia y género en términos de las relaciones de poder, la política y la redistribución de recursos? Otra vez, la cultura y la economía política no pueden entenderse por separado.

Un último ejemplo de premisas que deben ser sometidas a discusión. La trilogía planteada en el capítulo 9, ciudadanos, Estado/gobierno y terrorismo, asume la mutua exterioridad entre estos espacios y sujetos<sup>8</sup>. En ningún momento de la discusión se plantea una posible relación de “interioridad” entre los Estados que supuestamente tratan de protegerse de los ataques terroristas y “el terrorista” que (al igual que ocurre muchas veces con “el pedófilo”) es convenientemente imaginado como monstruo ajeno a “nosotros”, una suerte de accidente de la naturaleza o un producto de “otra cultura”. La oposición normativa entre libertades civiles y política antiterrorista *no puede* problematizar las dinámicas que han hecho al terrorismo posible, viable y justificable para muchos. Tampoco puede hacerse cargo de la mutua retroalimentación de los fundamentalismos (también los “liberales”) ni de la responsabilidad “occidental” en la creación misma (discursiva y real) de ese “enemigo”. Para eso se necesita interpretación y análisis. Para eso también sirve la teoría política.

Por eso aceptar el consenso (y traduzco) de los filósofos en las democracias liberales

---

*(the opening of a breathing space between the world of common meanings and the world of alternative ones, a space of potential renewal for thought, desire, and action)* (Brown, 2002: 574).

<sup>7</sup>El marxista Wood llega a señalar que “my position assumes a certain commonness or universal quality in all human experience and more specifically among Western European peoples regardless of time and space, a certain sharing of those who have lived in the past with ourselves. We today share something of the day-to-day experiences of ancient Greeks and Roman theorists, medieval churchmen, and the philosophers” (Wood, 2002: 122). Esta es una posición decididamente idealista y chovinista, que asume a Europa como eterna y no como una construcción histórica.

<sup>8</sup>En su *Hegel and Haiti* Susan Buck Morss nos ha sugerido pensar en términos de “porosidad”.

de que el Estado debe tomar medidas para proteger a los ciudadanos de los ataques terroristas, es asumir mucho y excluir mucho, acerca de la naturaleza y el rol del Estado en las sociedades modernas, especialmente, en tiempos tan plutocráticos como éstos. La naturalización de la democracia liberal, nuevamente, limita mucho la discusión sobre el rol político de la teoría. Que los Estados o los mercados tienen derecho a decidir dónde uno puede o no vivir, quién puede o no matar es, por suerte, una idea que muchos contestan aún.

En síntesis, la teoría política normativa, las diversas líneas post y el marxismo tienen cosas relevantes para decir del mundo en el que vivimos. Todas ellas tienen una economía de la violencia conceptual y “fallas estructurales”. Elaborar la diferencia, en la academia y más allá, es un desafío inacabado que está bien que nos quite el sueño. Por cierto, el libro no cuenta con una sección de conclusiones. Eso le puede dejar al lector la sensación de “inconclusión”, precisamente. Al menos ése fue el caso para mí.

### **Bibliografía complementaria**

- Anderson, K. S. 2010. *Marx at the Margins. On Nationalism, Ethnicity, and Non-Western Societies*. Chicago and London: The University of Chicago Press.
- Brown, W. 2002. “At the Edge”, in *Political Theory*, 30, 4, What Is Political Theory? Special Issue: Thirtieth Anniversary (Aug., 2002), pp. 556-576.
- Buck-Morss, S. 2009. *Hegel, Haiti, and Universal History*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Eley, G. 2002. *Forging Democracy: The History of the Left in Europe, 1850-2000*. New York: Oxford University Press.
- Foucault, M. 1984. “What is an author”, in ed. Paul Rabinow *The Foucault Reader*. New York: Vintage Books.
- Hennessy, R. 2000. *Profit and Pleasure: Sexual Identities in Late Capitalism*. London: Routledge.
- Wood, N. 2002. *Reflections on Political Theory. A Voice of Reason from the Past*. Macmillan, Basingstoke, Hampshire & NY: Palgrave.